



Compañeras...

por Eduardo Sartelli

a Marcela y Clarita.

Cuando yo era chico todavía eran comunes la “costurera” y la “señora que teje para afuera” (mi mamá, por ejemplo). Efectivamente, ¿qué mujer casada hace 30 años no tenía una *Singer* con la que arreglaba la ropa de la familia o le “cosía” alguna que otra cosa según fuera su habilidad? Menos común era tener una *Knitax*, además del hecho que los “pulóveres a mano” lucían mejor que los “a máquina”. Cuando las papas quemaban, o mejor dicho, no alcanzaba el sueldo ni para quemar papas en la sartén, mamá se transformaba en la “señora que teje”. Recuerdo una época en que ese fue uno de los ingresos centrales de mi familia: mi madre tejía “para afuera” para una tal Cope, una “señora” que explotaba a otras tantas señoras, a las que proveía de la lana y actuaba de intermediaria con las tiendas. Cuando mi madre consiguió un puesto de portera de colegio, abandonó el ramo muy contenta porque esta Cope era una negrera en toda la regla. Era un trabajo esclavizante que le destruía la espalda y la vista. Yo estudiaba de noche y escuchaba permanentemente el “chic, chic, chic” del entrechocar continuo de las agujas. Y mientras estudiaba, imaginaba miles de “señoras que tejen” como mi mamá, cada una en su casa, teje que te teje eterno, “chic, chic, chic”, sentadas, la espalda encorvada, vuelta sobre sí como un extraño signo de pregunta. Ese signo se me agrandaba en la cabeza hasta ocuparla toda: ¿por qué un mundo de “chic, chic, chic”, de “señoras que tejen” hasta volverse casi ciegas, y no otro? Que algo de lo que hago sirva para hacer avanzar la lucha por un mundo mejor es, creo, la única forma que tengo de devolver un poco de vida a aquel “chic, chic, chic” enorme, gigantesco, del coro silencioso de miles de “señoras que tejen”. Y que, aisladas, separadas unas de otras, ignorantes de formar parte de esa orquesta preciosa, construyan este mundo y lo construyen todavía.

Había muchas “Copes” que explotaban también a costureras: retiraban de fábricas de la zona “pedidos” de costura de camisas o pantalones y las repartían según el mismo método. A veces, estas “Copes” reunían en un “taller” a varias “señoras” que cosían, en ocasiones hasta en máquinas de su propiedad. Una tía trabajaba en esas condiciones en el “taller” de la Negra (que era a su vez, tía de mi tía). Muy en el pasado, se me antoja que la fábrica de Bella Vista de donde sacaban los pedidos se llamaba “Selaco” o algo así, pero no estoy seguro. Mis 6 o 7 años me resultan hoy un período más o menos legendario y brumoso. Lo que recuerdo mejor de esa época en que vivíamos en una “prefabricada” en el jardín de la casa de mi abuela, era algo que me hacía reir mucho. Como mi abuela parece que tenía muchos parientes en el cementerio, había llenado de calas lo que le quedaba



del jardín. La cala es una flor con un ¿pistilo? muy llamativo y que arrancábamos con mis primos. Mi abuela se enojaba terriblemente, de donde extraje yo la conclusión de que una cala sin ¿pistilo? debía de ser una ofensa tremenda para un muerto. Pues bien, la época en la que mi mayor preocupación consistía en arrancar el pistilo amarillo de las calas de mi abuela y correr sin que nadie me viera, era aquella en que mi familia vivía en un estado muy extraño: **subsunción formal**, se llamaba.

La subsunción (subordinación) es formal porque el trabajador ya ha sido expropiado de los medios de producción, que ahora se le oponen como “capital”, pero todavía conserva el dominio parcial del proceso de trabajo y puede “escaparse” de la tiranía, entre otras cosas porque esos “medios” no resultan absolutamente inalcanzables. Pero el tiempo pasó y llegó Chemea que, junto con otros señores por el estilo, han acabado con el mundo que conocí de niño: ¿qué costurera puede competir con camisas de 10\$ y “vaqueros” y “pulóveres” de 15? Con mi compañera, Marcela Nari, discutíamos acerca del fenómeno: ¿se trata de innovaciones tecnológicas? Si es así, las “señoras que cosen y tejen” ahora estarán paradas (según la leyenda, en Taiwán y Malasia) frente a máquinas de un tamaño y complejidad tal que reducen *Singeres* y *Knitaxes* al nivel de aparatitos sin importancia. La tarea se ha simplificado en extremo, ya no hay ninguna habilidad que reivindicar porque ahora todas las tiene la máquina. Sólo quedan una serie de movimientos repetitivos y fáciles de aprender. Las máquinas, extremadamente costosas, están ahora muy fuera del alcance de cualquier obrera. Lo que los marxistas llamamos **subsunción real**. ¿O se trata de más de lo mismo, de aumento de la plusvalía absoluta, de más “chic, chic, chic” con “señoras que cosen y tejen” ahora traídas al Bajo Flores desde Bolivia y Perú? Cualquiera de los dos movimientos (y probablemente los dos), en esta y otras ramas de la industria, han destruído lo que conocimos como “familia obrera” entre los ’40 y ’70. Si bien las novedades no son tan “nuevas”, lo que impresiona es la magnitud: centenares de miles de hombres quebrados por la desocupación, incapaces de sostener ese rol de “proveedor” tan ambiguo y peligroso, base material del patriarcado entre los obreros; centenares de miles de compañeras, madres solitarias, condenadas a transformarse en “jefas de hogar” cuando el compañero abandona la lucha (y la casa).

Sucede que ya no podré discutir el problema con Marcela. En un accidente tonto, tremendo, brutal, mi compañera, embarazada de siete meses de nuestra Clarita, falleció. En estos días no sale el sol, sino su rostro. El rostro inteligente de una feminista cabal, a la que le tocó la dura tarea de hacerme entender aquellas cosas que ella estudiaba con una seriedad propia de los apasionados por una causa. Me explicaba que las tareas destinadas a la mujer tenían su origen en las relaciones sociales, que bajo el capitalismo la mujer siempre llega tarde donde nunca pasa nada, que cuando una mujer alcanza un puesto de importancia, lo más probable es que ese puesto se haya devaluado.



Y que las peores involuciones del capital la tenían siempre como protagonista, desde las “maquilas” mexicanas hasta estas nuevas “singeres” made in China que pueden verse hoy en oferta en el Once. Que hasta cuando se trata de puestos de prestigio, las mujeres ganan sistemáticamente un 30% menos por el mismo trabajo, como acaba de descubrir *Le Monde* en su último número en castellano. Marcela persiguió la historia de la mujer obrera en todos los lugares posibles: a lo largo de los anaqueles llenos de polvo de las bibliotecas pero también en las cárceles, como la de Ezeiza, donde entró para descubrir cuánta crueldad puede descargarse contra ellas. Discutíamos eterna y acaloradamente: clase-género, género-clase, clase y género, género y clase, el machismo en la izquierda, en la clase obrera, en el marxismo. Y siempre la animó la lucha por ese mundo de los enamorados de la vida, de los que aman las caritas asombradas de los niños y las sonrisas amplias de varones y mujeres que se ganan honradamente el pan y están en paz con el duro oficio de existir. Nos gustaba imaginar un mundo de compañeras sin “chic, chic, chic” y de compañeros que lavan y planchan mientras gritan los goles. Un mundo de niños que corren riendo entre las flores del jardín, pícaros e inocentes, perseguidos por abuelas falsamente enojadas. Sé bien que nunca veré correr a Clarita. Se bien que, todavía, quiero ver correr millones de niños, gritando, saltando, pícaros y sonrientes, entre jardines y abuelas. Sé, demasiado bien, que Marcela no lo verá. Me gustaría despedirme de ella como les gusta hacerlo a los enamorados de la vida, con un ¡Hasta la victoria siempre, Compañera! Pero me cuesta pensar que no está, que se me fue alguien como ella, que me amaba. Prefiero pensar que todavía está conmigo, rodeada de esos enamorados de la vida. Como yo, que la amo.